

Dora Guerra

Poemas

(Selección preparada por María Cristina Orantes)

TIEMPO SIN TIEMPO

I

Nací un día,
sin después, ni hoy, ni antes.
Nací por un resquicio de la vida
desde un Ay desgarrado por la tarde,
entre un grito impreciso de la tierra
y un asombro celeste de los ángeles.

Nací con el cansancio de los sueños
que soñaba mi madre,
con el dolor inmenso de preguntas
infinitas que se abren
y la carga tremenda de los siglos
que transcurrieron antes.

Nací ya desterrada de mi tierra
en ajenas ciudades,
con la mente compleja y preocupada
de herencias de mi padre.

Con la corriente tierna de mujeres
engendradas de Adanes
y el torrente fecundo de varones
nacidos de su madre.

Nací con las pestañas doloridas
de llantos ancestrales
y el corazón ya contraído

de ignorados pesares.

Nací, porque alguien quiso que naciera,
con eterno equipaje:
mi yo, mi tiempo, mi dolor
y mis palabras fáciles.

Nací ya con mi espacio limitado
por fijos litorales:
con mi trozo de cielo ennubecido
y mi tierra sin mares.

Nací,
por alguna razón de la existencia,
porque los hombres nacen;
porque la vida se busca un pretexto
de resurgir en embriones fugaces.

Nací por el amor y por el llanto,
con mi dios, y mi piel, y mis pensares.

Dora Guerra

Poemas

II

Una sonrisa húmeda de lágrimas,
Floreceda en los labios de mi madre,
me empujó al porvenir, ya balbuceando
la palabra de todos los lenguajes.

El agua del bautismo me bendijo
con antiguas señales,
poniéndome en la entraña sumergida
lámparas que siempre arden.

Entré en contacto con la madre tierra
por mi cuerpo de lastre.

Luego fui vertical: como los hombres,
como las cruces y como los árboles.

El número purísimo en la escuela,
me introdujo en el aire
y abrí la sinfonía del sonido
con las cinco vocales.

El ojo mío se encendió a la luz
con los siete colores primordiales
y descubrió la sombra, siempre unida
a cada rayo en que la luz se halle.

Y entré en el catecismo
con sus siete pecados capitales.

Después me vino el verso.

Sin sentirlo,
como viene la tarde:
con un recuerdo azul de la mañana
y la promesa de una noche grande.

Pero mi verso se acercó a la noche
poblada de puñales
y se olvidó de la mañana azul
con sus dulces paisajes.

Lo revestí de sombra dolorida
Y le dí de beber mi propia sangre.

Y aquí estoy yo. Clavada sobre el mundo,
con mi carga infinita de tristeza,
con mi canto sombrío,
con mis ayes.

Dora Guerra

Poemas

III

Y he de morir
un día sin después,
pero con hoy y antes.

He de morir, porque los hombres mueren,
porque lo quiere Alguien.

Dejaré para el paso de otros ríos
el surco de mi cauce,
y el peso de los tiempos y mi tiempo
sobre los hombros frágiles.

Yo dejaré el legado de mi cielo
y mis dulces paisajes,
dejaré mi dolor para los tristes
Y mi sed y mi hambre.

Dejaré la corriente de mis venas
en humanos canales,
mis oscuros sentidos a la tierra
y mis sueño a los árboles.

Dejaré el grito lívido
que la muerte me arranque.

Y dejaré, a los hombres que me escuchen
mis voces en el aire.

Dora Guerra

Poemas

IV

Qué ligera seré ya sin mis venas,
sin mis ríos de sangre,
sin mis ojos de barro entristecido,
sin mis pies terrenales.

Que liviana me iré yo por el viento
cuando todas las horas se me acaben.

Y ya no habrá después.
Ni habrá hoy.
Ni siquiera habrá un antes.

Yo sola iré en mi viaje sobre el tiempo
hacia el eterno instante.

Y llegaré a la luz, fuente de luces,
negadora de sombras y de males.
Generadora de hombres
y propulsora de astros y de aves.

Y seré yo la luz, junto a la luz
en la continua aurora de los ángeles.

Dora Guerra

Poemas

GRITO EN EL VIENTO

En el viento sin voces
he buscado tu voz sin esperanza.
He cerrado mis ojos
para verte en la nada
y he extendido mi mano
sin encontrar la tuya en la distancia.

No hay aurora en mi noche
ni verde en mi horizonte que se alarga.

Tu huella en mi camino,
grabada sobre el agua,
borrada para siempre
y siempre fija en mi alma,
ha de seguir la mía en la tiniebla,
debajo de mi planta;
conmigo irá después de las estrellas
y en el fondo del agua.

Y aunque tal vez la imagen de mis ojos
se haya borrado en tu alma,
por todos los caminos que recorras
llevarás tus miradas.

Y si ya tus oídos
olvidaron mi acento que te hablaba,
en toda melodía que recojas
estarán mis palabras
y todo grito amargo que a ti llegue
saldrá de mi garganta.

En la noche desnuda,
en los ríos sin agua,
en la aurora ya muerta
antes de la mañana,
en la nube sin vida,
en la niebla del alba,
yo buscaré tu voz, sin esperanza,
y cerraré mis ojos
para verte mejor entre la nada,
y extenderé mi mano
hacia ti, a través de la distancia.

Cuando todo mi cuerpo
cansado esté después de la jornada;
y mis ojos cerrados
de nuevo a la Luz se abran;
y mi mano extendida
retorne a reposar sobre mi falda
¿habré de recobrar toda la luz
a mi vida negada?
¿mereceré llegar hasta la cima
fértil de la montaña?
o dormiré, tal vez, un sueño mudo,
de noche y sin palabras.

Dora Guerra

Poemas

POEMA DE AUSENCIA EN TRES INSTANTES

I
(Vuelo en la noche)

Partí verticalmente
en un vuelo doloroso y metálico
y se me quebraron las entrañas.
Llegué a la nube y la montaña
y no me comprendieron,
pero yo adiviné su corazón
que escondía una lágrima.

Y me arranqué de ti,
como un tallo de la tierra que ama
y me desgarré con mis propias uñas
las raíces del alma.

Quise llamarte con una nueva voz,
pero era antiguo y fiel
el llamado de amor de mi garganta.

Y me apagué los ojos
porque no reflejaban tu mirada
y se cegó mi vida
ya sin tu luz de masculina plata.
Y mi cuerpo, tu cuerpo mío,
que navegó la sangre que te amaba,
se durmió para siempre.

No con dormir de niño
ni con sueño que mata,
sino con dolor áspero:
parálisis que cansa.

Oh venas de mi cuerpo,
oh huesos de mi cara,
oh mueca atormentada de mi boca,
oh mis ojos ausentes de miradas
y mis oídos sordos de palabras:

Sonreíd y mirad,
que las horas se forman en jornada
y cada instante se completa un siglo
y es galope de siglos en manada
y de nubes y hombres, que no acaba.

Palpad y oíd,
que siguen creciendo las montañas
y el mar no ha descansado
ni el empeño del hoy en ser mañana
y la rosa sigue perfumando
con su antiguo nombre que no cambia.

Dora Guerra

Poemas

II
(Brisa de esperanza)

En la reseca grieta
cantó su arrullo el agua.
El tiempo detenido
definió su mañana.

Mis ojos se entreabrieron
hacia la luz dorada
y sentí en el cielo de mi boca
la dulzura fresquísima del alba.

Empinada hacia los horizontes
resolví la esperanza:
era ecuación de curva verde
armoniosa y cerrada.
La tuve entre mis manos
y creí que era fácil guardármela en el alma.

Pasé mis dedos por el viento hermoso
y él me besó la cara
y sonreí casi dulcemente,
casi en paz de esperanza.

Dora Guerra

Poemas

III

(Regreso a la noche)

Ah paréntesis suave de la noche,
es el día el que mata,
es el sol que oscurece el corazón
el que tu voz apaga,
es la luz que me baña los ojos
la que confunde tu mirada
y lo que me arrebató la memoria
es la verde esperanza
y me borra tu sombra de mi ayer
el recuerdo futuro del mañana.

Prefiero mi dolor en que estás vivo
a tu ausencia en la calma.
Yo amo tu presencia transparente
en mis venas tatuada
y quiero este mi Ay
en que hay un eco
de tus voces lejanas.

No quiero que me quiten ni tu imagen
en mi llanto grabada
ni que me extraigan cirujanamente
los cristales de ti incrustados en mi alma.

Si está en el grito de mi angustia
cuajada tu palabra
y en el llanto amargado de mis ojos
diluida tu mirada,
lanzaré mi alarido entre la noche
y lloraré mis lágrimas.

Me fundiré contigo en mi dolor
y me abriré a la nada.

Dora Guerra

Poemas

TE HE CONOCIDO

En la última hora de la tarde,
Señor, te he conocido.
En el espacio inmenso del minuto
más pequeño del día.
En el correr alegre del cordero
dulcificando brisas
y el tenderse las manos inocentes
tras su lana amarilla.

Te conocí, Señor
en este nuevo intento
de llegar hasta ti
en la hora propicia.
Por el lugar tan puro del recinto,
por el agua tan limpia.

Te conocí, Señor, por lo perfecto
de esta suave delicia
de sentir casi dulce mi tristeza
y el corazón al borde de la vida.

Te conocí, Señor. Te he conocido.
¿No he sentido tu soplo que todo purifica?
¿No he sentido tu voz en el anuncio
del Ángelus del día?

Me llegaste, Señor, te me has llegado
dulcemente sencillo, en armonía
con la última hora de la tarde
y la primera estrella vespertina.

Ah si el soplo no fuera tan liviano
si no fuera mi cuerpo leve filtro
si se quedara fija esta mi hora
marcando para siempre el reloj mío.

Ah si no fuera tan ligero el viento
ni tan pequeño el hueco de mi oído,
si se quedara siempre entre mis manos
este vellón suavísimo.

Guarda, Señor, este primer renuevo
dentro del nuevo corazón nacido
y llámame, Señor, cuando me llames.
en la última hora de la tarde,
con la primera estrella
que yo sabré encontrarme en mi camino.

Dora Guerra

Poemas

ROMA

¿ Cómo diré tu proporción inmensa?
Con mayúsculas escribiré tu nombre
y me sentaré, mínima, a soñar tus glorias infinitas.

Todos los caminos de la tierra a ti conducen
y tu majestad indiscutible sigue gobernando.

Si tus miembros mayores se te han muerto,
si casi el corazón,
yo sé tu sangre caliente todavía
corriendo por las venas más anchas de este mundo.
Yo sé tu voz despierta,
tu oído vigilante
y nada pueden contra ti, nada podemos
porque tu planta está apoyada desde mucho
en tierra firme.

Porque un solo dedo tuyo alzado, basta.
Porque tu labio, aun en silencio, también basta.

Diré tu signo más pequeño
o el agua que reblandece tus heridas
o tal vez pueda decir un poco
la solemne rosa de tus vientos.

Estratos milenarios de ciudades,
geología de templos,
huesos gigantes de mamut corintio,
muela careada colosal.

Oh roca con ventanas,
Ciprés edificado
y tu cúpula inmensa como un iris con la pupila abierta:
ojo potente para ver a Dios.
Misterioso silencio el de tus plazas por la noche,
minúsculo es el hombre que las cruza
y terribles los monstruos de piedra que las pueblan.

El agua de tus fuentes.
Hablemos de ella:
en todos los rincones de la historia
está su canto eterno.

Beber su cuerpo puro es beber agua viva,
bendita entre las aguas.

Y el valle de tu nombre
donde pastan corderos casi bíblicos.
Olivos y viñedos, horizontes, cipreses,
bajo tu luz dorada incomparable.

Cómo decirte a ti,
que eres la ciudad grande, la magnífica
la de todos los tiempos.
Y también la dulce ciudad de los atardeceres
y las lunas perfectas.

Como decirte a ti,
sino tu nombre.
Sólo él puede estar hecho a tu medida,
y por eso, me sentaré mínima a tus puertas
y con mayúsculas escribiré tu nombre eterno.

Dora Guerra

Poemas

AVENTURA

Me ha sucedido un beso por la noche,
con la ciudad al fondo llena de agujeros,
y tu camisa blanca
y tus cabellos
y un ciprés imposible
y un color extranjero.

Yo que estaba cansada
de inesperar tu beso,
me sorprendí del querer de tus labios,
del poder de tu cuerpo.

Y me alejé, encendiendo otras memorias
y apagando tu beso.

Dora Guerra

Poemas

HAY QUE SEGUIR LA VIDA

Hay que seguir la vida.
No recuerdo por qué exactamente.
EDNA SAINT VINCENT MILLAY.

Hay que seguir la vida
razón de soles y de células,
minúsculas e inconmensurables razones idénticas.

Hay que contestar el teléfono
y arrancar las hojas de los calendarios.
Las uñas crecen y las rosas sangrientas.

Crece el miedo y el fuego de nombre indescifrable.
Todavía los niños aprenden a sumar manzanas
aunque se hayan secado los árboles frutales
y la anciana hace encajes de bautizo
para el niño que morirá de hambre.

Hay que seguir la vida.
Tratemos de recordar todas las causas:
El verbo estaba en el principio en Dios
y después el barro y la costilla,
la palabra del barro y el amor.

Por de pronto, lavemos los cabellos,
hagamos la compra del mercado
y pongamos la hora del reloj.

No hay tiempo de pensar.
Las vitaminas esperan en sus frascos
para ayudar a sostener el sol.

Hay que seguir, siempre la vida.
Después resolveremos el misterio,
o tal vez no.

Dora Guerra

Poemas

JE REVIENS

A mi madre,
presente en la ausencia.

En esta ciudad gris,
a tantos años niebla
de tu sol y el mío,
de los vientos de octubre y los bananos,
de la tienda de dulces de la esquina,
de la sombra y frescura de la sala
con los muebles azules y el reloj
cargados de recuerdos desde siempre.
Con tu inmensa presencia
que está en todas las cosas esperándome.

Y sabes cómo he hallado
más pura la memoria?:

He comprado un perfume pequeñito
como uno que tenías
y aromabas de ti.
Se adaptaba a tus gestos y a tus ojos,
a tu silencio grave, a tu dulzura.
Y de ti salía perfumado
a aromar la ciudad y el cielo azul
y quedarse por siempre en el recuerdo.

Y hasta esta otra ciudad, gris y lejana,
te la has apoderado

impregnando las cosas
con el olor que diste a tu perfume
y que me he puesto yo tras de la oreja,
desde donde vigila
y me sopla al oído
las cosas hechas tú por su milagro.

Desde donde me dice que es posible encontrarte
tan lejos de ti misma
y que en todo está el roce de tu mano,
a tantos años niebla de tus ojos,
a tanto tiempo pena de tu ausencia,
a tanto mar tendido entre nosotras.

Dora Guerra

Poemas

DULCE SEÑORA

A ti, dulce señora,
mensajera de los patios en sol de Nicaragua;
encaje de guipiur, morado lila
y el limpio señorío
del Colegio de monjas de Granada.

Desde tu mano,
crochet para las mesas y las camas.
Desde tu voz,
madurados proverbios y parábolas.

En todos los rincones del recuerdo,
suspendido en el aire de la casa:
tu presente dulzura, tus canciones,
sirena y colibrí por tu guitarra.
Aquella historia de un Ramón Padilla
pintándose al color de tu palabra
y París de suspiro edificado
escondido en los pliegues de tu falda.

Tu aguja en mi pañuelo detenida,
tu ejército de santos que se callan,
el pájaro más próximo,
la planta que regabas,
la luz y la mañana se cansaron
de esperar tu llegada.
Pero yo, señora de dulzura,
señora luminosa de la gracia,
te sé por los senderos de tu huerta,
vigilando la hechura de tu casa,

acechando los pájaros vecinos,
repuliendo tus cántaros de plata,
quitando el polvo de tu santo ejército
y bordando tus versos en mi almohada.

Te sé, señora mía, siempre pronta
a decir de tu ejemplo de agua clara,
a alzar tu mano y bendecir el día
a bendecir la sal, el pan y el agua.

Bendíceme la frente, mi señora,
bendice los destinos de mi planta,
bendíceme la voz, desde tu reino,
para poder decir lo que me falta.

A ti, dulce señora de dulzura,
dulcísimo dulzor de mis palabras.

Dora Guerra

Poemas

CUARTO DE ENFERMO

Oh Dios, de qué están hechos estos días.
Qué miel espesa se diluye en el aire.
Y la lámpara humilde junto al suelo,
y la sombra callada del enfermo,
y mi propia sombra,
mi cabeza asombrada sobre el techo.

Cómo pesa la vida,
más que nunca,
cómo pesa la carne, las heridas,
el cuerpo atormentado.
Presentes, más que nunca,
la sangre y la saliva.

Oh Dios, cómo pesa el enfermo.
Nunca tuvo el perfil más decidido.
Y la boca...
¿era esa misma boca la de su sonrisa?
Los párpados de piedra
¿cubrirán todavía sus dos ojos queridos?

Oh Dios, ya no se mueve.
Ya no sé si respira.
Me he quedado parálisis y oído.

No. Todavía su mano
cruje en el blanco lino.

Se aferra todavía.
Se aferra por la sábana al latido.

Todavía, Señor ¿por cuánto tiempo?
Por cuántas horas luz para la sombra.
Ya no pueden mis párpados de espera
y casi espero mi desesperanza
cuando se llegue el fin aquella hora.
Cuando me estalle el corazón por dentro
al estallar el suyo por los cuatro costados.

Cuando se quiebre el eje de mi cuerpo
al quebrárseme el suyo entre las manos
Oh Dios, que no se cumpla.
Que no se cumpla mi deseo.
No todavía al menos.
Es que tengo los párpados cansados
y es tan larga la noche
y tan duras las horas del enfermo.

Dora Guerra

Poemas

NOTICIA DE TU MUERTE

Y lo dije por fin: “mi padre ha muerto”.
Y yo no lo sabía.
Me aferraba a mi ayer con todo el cuerpo.
A mi ayer luminoso de sus ojos,
sonoro de su voz,
quieto de su silencio,
vivo de su vivir de cuerpo entero.
A mi cálido ayer donde su llama,
donde sus manos pálidas,
donde su suave aliento;
y también la corbata candorosa
y el tibio traje
y el anillo en el dedo.

Pero ayer, de repente, me lo dije:
¿Sabes? : mi padre ha muerto.

Y ya lo he comprendido sin remedio.

Para todas mis horas no cumplidas,
para todo no hallarme en los espejos,
para toda palabra
llena de su silencio,
ya tendré la noticia de que ha muerto
y siempre más sabré de su partida
y nunca más de su regreso.
Y ahora ¿Qué haré yo desde mi nada?
desde mis ojos ciegos,
desde mi sed de tierra sin invierno.
¿Qué haré para encontrarme si estoy sola

si él no llega a mi sueño?
¿Qué haré para decir una palabra
si no guía mi acento?

Pero no. Tengo que decirlo ahora.
Ahora que es mi tiempo.
Ahora que por fin lo he comprendido:
ahora que él ha muerto.

Pero ¿Qué diré yo? Si no recuerdo...

Ah, si:

Era una rubia tarde de un enero,
una fresca alegría
y un venir desde lejos.
Un decir de tu voz y un “ya comprendo”.
Un señalar tu mano la montaña
y un decir de mis ojos “si, ya veo”.

Y a ratos un reír,
Y a ratos un llorar...

Ah, qué bien! Ahora lo recuerdo
tu mirada y la mía
juntas por los senderos,
subiendo a lo más alto del camino,
corriendo por el sol tibio del cerro.
Y los dos, desde abajo,
dulcemente sentados en el suelo.

Después tu dedo gravemente alzado
para mostrarme el nombre de un lucero.
Y aquel primer lucero de la tarde
Nos encendió el silencio.

El corazón más grande,
el amor más entero,
los ojos sabios y la voz vacía
regresamos los dos por el sendero.

Caminaban en sombra nuestros pies paralelos.

Pero ahora lo sé: mi padre ha muerto.

Yo me di la noticia por la calle
un día que me hallé sin un recuerdo.
Sola ya sin mis puntos cardinales,
en la orilla del tiempo.

Y ya lo he comprendido sin remedio.

Ya no podré saber donde se encuentra
el nombre de un lucero,
ni por qué la luciérnaga se enciende,
ni por qué el limonero.
Ni cómo es el retrato de los pájaros,
ni cómo se colocan los acentos.
Ya no podré saber cómo se rompen
los molinos de viento,
ni cómo es el latín entre las rosas
y los pájaros muertos.

Ya no podré...Ay, qué podré yo ahora
si estoy como sin miembros,
si me pesa mi carne
por sus livianos huesos.
Si mi cuerpo es moreno, todo mío,
y el suyo transparente y no lo veo.

A ti, a ti te quiero,
con tus dos manos pálidas,
con tu anillo en el dedo,
con tu dulce corbata,
con tu cuerpo pequeño.

A ti, a ti te quiero,
con la curva precisa de tu gesto,
con tu sí bien trazado
con tu no todo entero.

A ti, a ti te quiero.
Ay, dónde estás, que no me encuentro.

Yo me dí la noticia por la calle,
y ahora ya lo sé: Mi padre ha muerto.